

El Cuenta Gotas

II Premio
DE NARRATIVA
Infantil
2012



II Premio
DE NARRATIVA
Infantil



El Cuenta Gotas

La voz del agua
Laura León Vázquez

La Princesa de la
laguna Encantada
Carlos Moreno

Ranedo
Patricia Reguero Ríos

El manantial de Kanira
Mar Sancho

JURADO
Victoria Chapa
Cecilia Gandarias
Luis Mateo Díez
Cristian Ruiz Orfila
Juan Van-Halen



FUNDACIÓN CANAL
Canal de Isabel II



ILUSTRACIONES
Teresa Herrero

En la segunda convocatoria del Premio Internacional de Narrativa Infantil El Cuentagotas, el jurado eligió cuatro cuentos finalistas, sin que ninguno de ellos sobrepasara en valoración a los demás. Son cuatro cuentos que responden a la calidad y exigencia de un Premio que, en esta segunda ocasión, no determinó un ganador único, sino cuatro opciones que denotan el gusto y la variedad de los trabajos presentados.

La decisión del jurado estuvo guiada por el propio prestigio del Premio que ya, desde su primera convocatoria, ha creado muchas expectativas y un creciente número de participantes. El agua dulce es el elemento principal de las narraciones que concurren, y los cuentos, escritos en español, están dirigidos a niños de entre ocho y doce años.

Los cuatro seleccionados y, como tal, finalistas, y acreedores todos ellos de una común y notable valoración, buscan en el agua metáforas muy hermosas sobre su necesidad y preservación. El agua como elemento sustancial de la vida, tan presente en tantas rememoraciones líricas y narrativas en la historia literaria, tan pródiga al cantar y contar sus profecías y símbolos.

En los cuatro cuentos seleccionados discurre el agua entre las manos cuidadosas de algunas niñas, veraneantes o princesas, que hacen hallazgos para descubrirla y mantenerla, a veces de manera muy realista y otras con poderes legendarios. También con la trama de una deliciosa representación educativa, para enseñarnos la voz del agua, o como el aliciente de algún manantial que salpicará la fortuna de un pueblo que tanto la necesita, en un cuento que mantiene la aureola de lo popular.

A la Fundación Canal le corresponde la idea y el patrocinio de este Premio que, a buen seguro, seguirá creciendo en participación y calidad.

Luis Mateo Díez

De la Real Academia

Miembro del jurado de El Cuentagotas

9

La voz del agua
Laura León Vázquez

19

La Princesa de
la laguna Encantada
Carlos Moreno

35

Ranedo
Patricia Reguero Ríos

47

El manantial de Kanira
Mar Sancho

La voz del agua

Laura León Vázquez

El escenario está en penumbra, aparece Blas y se sube a una escalera de tijera doble. Es un muchacho tranquilo. Por las tardes, cuando el cielo se tiñe de rosa, naranja y malva, le gusta dar un paseo hasta un mirador que hay en el parque para ver la ciudad envuelta en el ocaso. Blas, con un cuentagotas gigante, se sienta en un peldaño de madera de la escalera de tijera y deja caer agua gota a gota muy despacio. Tuc, tuc, tuc. El agua se estrella contra una palangana de zinc, donde se queda almacenada. Las gotas se suceden a un ritmo lento y poco a poco Blas lo va acelerando. Conforme caen las gotas, tuc, tuc, tuc, la escena se ilumina.

Justo en ese momento y sin que Blas detenga su goteo, surge por un lateral de la escena Julia. Una chica con una melena clara que fluye como un río por su cuello. Según cuentan los que la conocen, lee un libro a la semana. En cada mano Julia lleva un vaso grande, uno lleno de agua y otro vacío. Camina por el escenario intentando que no se oigan sus pisadas, tan solo el deslizarse del agua cuando salta de un



vaso a otro. Unas veces eleva mucho la mano del vaso lleno para que el sonido se alargue «slaaas-slaaas» y contraste con las otras ocasiones en que acerca mucho un vaso a otro y el trasvase resulta más repentino: slas-slas.

El goteo de Blas se une al tobogán líquido creado por Julia y poco a poco las melodías se acompañan. Tuc, tuc, tuc, slas-slas, slaaas-slaaas.

Poco después alguien más sube a la escalera doble, justo en el lado contrario de donde se encuentra Blas. Se trata de Susana, una chica que se confiesa enamorada del verano, los días tan largos, el zumbido de los insectos en el campo, la piel tostada, la horchata. Desde una altura media, Susana vierte una regadera a la palangana de zinc que también está utilizando Blas. Rit-rit-rit-rit-rit. Suena como un breve chaparrón veraniego. Después la regadera se yergue y escampa en la palangana y solo se oye otra vez el goteo de Blas. De nuevo Susana vuelve a la carga, rit-rit-rit-rit-rit-rit, y su aguacero arrastra las gotas de Blas. Da la sensación de que ambos se han fundido y se han convertido en un palo de lluvia que se agita inquieto. Unas veces las descargas de agua son bruscas y otras se demoran y van deleitándose por el camino.

Mientras el goteo de Blas, tuc, tuc, tuc, y los chubascos de Susana, rit-rit-rit-rit, se van complementando, el contrapunto lo pone Julia, slas-slas, con sus movimientos de un vaso a otro.

Los tramoyistas han colocado en el centro del escenario una gran bañera antigua de porcelana con patas de hierro. Junto a ella un muchacho con el torso desnudo mete las manos en el agua, las agita, las cruza, las va desplazando con sutileza, parece que sus brazos aletean. El muchacho es Lucas, un trotamundos cuyo sueño es pasarse la vida viajando. Sus brazos nómadas provocan ondulaciones tenues y sugerentes, siempre distintas, shuarshuarshuaar.

Mientras Blas, tuc, tuc, tuc, y Susana, rit-rit-rit-rit, juegan a alternar el gota a gota con el diluvio y Julia, slaaas-slaaas, va marcando cómo el

ritmo se estira de vaso a vaso, Lucas, esssbasss, viste los silencios con susurros de agua.

Por el fondo del escenario, aparecen seis chicos sonrientes. Son del equipo de baloncesto del colegio: Andy, Nacho, Matías, Hugo, Mark y Gus. Cada uno lleva en su mano dos botellas pequeñas. Las hay de plástico, de aluminio, de cristal, de barro, de bambú e incluso de madera. Ninguna tiene igual cantidad de líquido que otra. Los chicos las agitan y se mecen y contonean a su ritmo. Son como maracas, sonajeros, cascabeles de agua. Si tocan al unísono, crean un pequeño tumulto, crish-crish, resk-resk, jush-jush, pris-priss. Juntos forman una nube bulliciosa y traviesa mientras sacuden con entusiasmo sus botellas locuaces.

Y la colección de maracas acuáticas aporta un pequeño caos al orden en el que las gotitas, intercalando su intensidad, los trasvases y las ondulaciones, se habían instalado.

Mientras tanto a Lucas se le ha unido al borde de la bañera Lola. Es una chica de dedos largos y finos que chasquea en la superficie aún ondulante, clach, clach, clach, y provoca pequeños estallidos, como si utilizara platillos a ras del agua. Después Lucas vuelve a sus caricias submarinas, baaasssh, baaasssh. A Lola también le encanta viajar y tiene un cuaderno donde pinta acuarelas de los paisajes que visita.

Los golpes contundentes de Lola, clach, clach, se suavizan con el ulular mojado que crea Lucas, bluuushish, y a ratos se distingue la colección de maracas variopintas, rasch-rasch y presk-presk. Todo ello sigue marcado por los ritmos que impone el agua saltando, slas-slas, entre los dos vasos de Julia unido al tuc, tuc, tuc y el rit-rit-rit-rit-rit, de goteos y chaparrones.

Casi sin ser vistos los tramoyistas han colocado cerca de la bañera un barril transparente. Otto es un chico robusto y tan alto que no necesita un taburete para asomarse a la boca del barril. Le encanta ir al campo de excursión y observar los nidos de los pájaros en las ramas de los ár-





boles. Va lanzando con fuerza piedras, plosh, que provocan que miles de gotitas salgan despedidas hacia la bañera. Otto sabe muy bien cuál es el mejor momento para que la piedra choque contra el agua, plosh. Es justo cuando Julia ha terminado uno de sus trasvases. El impacto brusco, plosh, sirve para poner el punto final a los saltos acuáticos, slaaas-slaaas, que no cesan, slas-slas.

Otra vez se oye a Otto con un nuevo plosh cuando los chirimiris, tuc, tuc, de Blas y las granizadas, rit-rit-rit-rit, de Susana, se detienen. El plosh se mezcla con el guirigay de las maracas acuáticas del equipo de baloncesto, crish-crish y jush-jush, mientras de fondo se sigue oyendo las olas sutiles creadas por Lucas, aaasssh-uuusssh, que Lola se encarga

de rematar con sus explosiones en miniatura, clach, clach. Y cuando parece que va a brotar el silencio, de nuevo un poco más allá se oye cómo el agua se desliza de vaso a vaso, slaaas-slaaas.

Por último aparecen en escena Frida y Ziggy. Entre los dos transportan una bolsa de agua caliente que cualquier gigante soñaría tener en su inmensa cama las noches de invierno. Mientras andan, la bolsa se bambolea, glup-plop, glop-plup, glup-plop, glop-plup. Frida y Ziggy son hermanos y les encanta ir a la casa del pueblo porque allí, por las noches, su abuela les cuenta historias junto a la chimenea.

Frida y Ziggy se acercan a la bañera, suena el clach y después un sensual sssuaah. Desde el barril se oye plosh. Los hermanos colocan la bolsa de agua caliente en el suelo. Se sientan encima sin dejar de moverse por lo que continúa oyéndose el glup-plop, glop-plup. A su lado, desde la escalera doble, las gotas van oscilando en su intensidad, tuc, tuc, tuc, rit-rit-rit-rit. Se les acerca poco a poco el grupo de maracas locas, criti-criti, resk-resk, jush-jush. Seguido de Julia con su metódico slas-slas, slaaas-slaaas.

Parece que los de la orquesta del agua llevaran toda la vida tocando juntos. Están muy pegados y sus sonidos se entremezclan, tuswaspris-kusuglubussah. Si el público cerrara los ojos, tendría la sensación de estar en un islote en medio de un río caudaloso escuchando el concierto del agua libre. Poco a poco cada intérprete va reduciendo su intensidad. La sinfonía ahora suena muy suave, como una cantinela lejana. Se va apagando pero no del todo: queda un débil susurro relajante, tuswas... prisk... usuglu... bussah...

Es como si el agua, hasta ahora ajena a sus obligaciones, reposara antes de afrontarlas. Ya fluyó despendolada y creativa. Ahora puede ser dedicada a satisfacer necesidades.

De la bañera se pueden sacar varios cubos para regar las plantas del teatro donde se ha celebrado el concierto. Y con la del barril los intér-

pretes de la orquesta lavarán su furgoneta azul. Con los chaparrones y goteras de la palangana de zinc están cocinando un arroz para que cene este grupo de músicos acuáticos. Las doce botellas del equipo de baloncesto servirán para fregar los cacharros después de cenar y también guardarán alguna en la nevera por si alguien prefiere el agua fresquita. Julia decide beberse el agua del vaso en donde acabó después de tanto trasvase. Entre Ziggy y Frida han abierto la bolsa de agua caliente, que ya está fría, y han lavado un jersey a mano, pues en la lavadora podía encoger, y la poca que ha sobrado la han esparcido sobre las losetas del exterior del teatro. Así han refrescado el ambiente que era irrespirable aunque aún estemos en junio.

La Princesa de la laguna Encantada

Carlos Moreno

Pitter, patter, pitter, patter, drip, drip, drop. Esa fue la última gota. El final de la temporada de lluvias llegó «¡por fin!» al gran reino. Los niños, que esperaban ansiosos mirando tras las ventanas, fueron los primeros en saberlo. El silencio fue roto por el gorjeo de un pájaro. Un gorjeo que creció hasta convertirse en canción, y creció más aún hasta convertirse en un potente coro. Un rayo de sol atravesó las nubes y brilló al reflejarse en la estatua del gran rey, en el centro de la plaza del pueblo. Pronto se escucharon las voces de los niños corriendo por las calles, a los que siguieron los gritos de las madres, que les recordaban que debían llegar a tiempo a la hora de la cena.

La joven princesa, sentada en lo alto de la colina, también vio cómo la última gota caía suavemente sobre el reluciente patio del palacio. Ella también estaba decidida a correr al exterior y sentir la calidez del sol en su rostro. Había sido un largo invierno, con interminables días en el interior del palacio, jugando a las damas con su hermano menor, «El



príncipe pálido». Era este un delgado y huesudo muchacho, con un exuberante y rizado cabello, que contradecía una personalidad aburrida y carente de brillantez. A él no le importó el fin de la lluvia. Siempre prefirió jugar dentro, y el cambio de estación no iba a cambiar sus planes para esa tarde, que eran jugar apaciblemente al solitario.

La joven princesa cogió su capa y salió furtivamente del palacio. Sabía exactamente dónde quería ir, al igual que sabía exactamente con quién no quería ir. A su padre no le gustaba que abandonara la seguridad de los muros del palacio y, en las pocas ocasiones en las que consentía que lo hiciera, insistía en que su doncella la acompañara. Era esta una mujer agradable, pero digamos que un poco «rellenita» y se movía mucho más lenta que la princesa.

Una vez fuera del alcance de la vista de los guardias de la torre, se soltó el pelo y empezó a correr por la alta hierba. Sintió la caricia de las flores silvestres entre sus dedos y, con cada paso, la tierra húmeda envolvía sus pies. No se detuvo hasta alcanzar el borde de la laguna esmeralda, su lugar favorito de todo el reino. La gente del pueblo la llamaba «La laguna encantada», y ella pensaba que era cierto. Sabía que era mágica. Lo veía en los destellos del agua, en el brillo de los ojos de los animales del bosque al aproximarse, y en su propio reflejo sobre la superficie. Sin duda, era el lugar más mágico del mundo.

Allí, en su mágico mundo de agua, era la persona más feliz, mucho más de lo que pudiera serlo tras los fríos muros del palacio. Bueno, tan feliz como una muchacha solitaria puede serlo. A menudo había invitado a los niños del pueblo a jugar con ella, aunque sabía cómo todos la llamaban. En las pocas ocasiones en que le fue permitido acompañar a su doncella para algún recado en la ciudad, había escuchado, entre susurros, que la llamaban «La princesa prisionera». Pero en el bosque, a la orilla de la laguna, ella no se sentía prisionera. La magia de la laguna la llenaba de libertad. Allí podía chapotear con la familia de patos,

y perseguir a los renacuajos que parecían contonearse al nadar. Podía escarbar con los pies en el fondo enfangado, sintiendo el lodo deslizarse entre sus dedos. La doncella solía comentar que el color de sus ojos era un reflejo exacto del color esmeralda del agua de la laguna.

Un día que insistió a su hermano para que le acompañara se convirtió en un desastre. Al principio, aunque le llevó algo de tiempo, el príncipe parecía disfrutar. Se quejaba del contacto del fango entre sus pies, y espantó a los patos que nadaban a su alrededor. Entonces, empezó a nadar y a chapotear y, antes de darse cuenta, ya lo estaba pasando en grande. La princesa supo entonces que la magia de la laguna estaba funcionando. Bueno, eso fue hasta que un abejorro, que había oído el chapoteo, se acercó desde su colmena para comprobar qué pasaba. Se acercó mucho al príncipe, que era alérgico, y este empezó a gritar y manotear al abejorro. Uno de los manotazos alcanzó al abejorro que, para defenderse, no tuvo más remedio que pincharle con su aguijón. La mano del príncipe se hinchó hasta superar el tamaño del mayor de los libros de la biblioteca y, sobra decirlo, nunca volvió a acompañar a la princesa a la laguna. Esa, quizá, fue la última vez que traspasó los muros del palacio.

Ningún otro niño se atrevía a visitar la laguna esmeralda, aunque todos soñaban con ese lugar encantado en los días soleados y cálidos. El rey, que era algo egoísta, había reclamado todo el bosque como suyo, y de su familia, claro. Los niños del pueblo también tenían un nombre para él: «El rey avaricioso». No es que fuera un malvado, tan solo que no sabía compartir con otros. Sabía que la gente le respetaba y quería que fuera feliz, pero compartir no era algo que le hiciera feliz. Tampoco le gustaba compartir a su hija con el mundo, más allá de los muros del palacio. Nunca entendió por qué ella trataba de escapar a la menor oportunidad. Él era tan feliz en el palacio... Tenía todo lo que podía desear. Frutas y verduras frescas, deliciosas carnes y pescados y, cómo



no, los mejores dulces imaginables. ¡Oh, cómo amaba el rey sus dulces! Pero más que a cualquier otra cosa en el mundo, el rey amaba a su hija. «¿Cómo puedo hacerla feliz a mi lado, sana y salva dentro de estos muros?», pensaba a menudo para sí mismo.

La joven princesa disfrutaba del primer día de sol, después de lo que le había parecido una eternidad, tendida sobre la alta hierba, mirando a la más bella y colorida mariposa que había visto nunca, mientras aleteaba entre las grandes y amarillas flores silvestres. Cuando se percató de que el sol estaba cayendo lentamente en el cielo, decidió esperar un poco más, para ver si su familia de ciervos favorita se acercaba a beber a la laguna en un atardecer tan espléndido.

No fue el resplandor de la luna lo que le despertó, ni tampoco el brillo de las estrellas que cubría el cielo de la noche. Ni siquiera el ulular del búho, posado en una rama sobre su cabeza, o el croar de las ranas en la cercana laguna. Fueron los gritos de su padre, el rey, que encabezaba la búsqueda de su hija que no apareció tras la campanada de la cena, y que tampoco apareció cuando la buscaron por todo el palacio. El rey llamó a sus guardias y a los aldeanos, que dejaron sus puestos y las cenas calientes, para buscar el tesoro más valioso del rey: su hija.

Despertó sobresaltada, sorprendida de ver cómo, repentinamente, el día se había convertido en noche. A pesar de sus feroces bramidos, ella sabía que su padre era bueno y compasivo. De inmediato, se puso en pie y corrió hacia él disculpándose. Le abrazó y besó en la frente, asegurando que nunca más se alejaría tanto. El rostro del rey pasó de terrorífico a aliviado en cuestión de segundos. Delicadamente, tomó la mano de su hija y dijo: «Volvamos a casa a cenar. Mañana hablaremos de esto».

La cena era suntuosa, como lo era todo en palacio; había tanta comida que hasta se podría alimentar a todo el pueblo. Pero el rey ni siquiera pensaba en compartir sus deliciosos manjares con nadie, excepto sus amados hijos, claro está. El príncipe, que ya estaba sentado a la mesa

leyendo uno de sus interminables libros, no había esperado a los demás para devorar hasta la última miga de su plato. Mirando despreocupadamente a la princesa dijo: «¿Qué pasó, te atacó un abejaorjo?». Y esa fue toda la conversación de la noche. La princesa no sabía si su padre estaba enfadado o hambriento. Quizá las dos cosas. Pero el caso es que no dijo ni una palabra en toda la cena. No se preocupó. Ella sabía que era un hombre amable y bondadoso. Cuando su madre murió, años atrás, se convirtió al tiempo en padre y madre para ellos. Les hablaba siempre con voz suave y tierna. Ella sabía que, por la mañana, todo volvería a la normalidad, y por eso se durmió soñando con su laguna mágica.

A la mañana siguiente se despertó temprano y comenzó a planear su día. Sabía que tendría que empezar pronto, ya que su padre insistiría en que su doncella la acompañara esta vez a la laguna. A veces pensaba que la doncella iría más rápido si rodara colina abajo que caminando, pero nunca pudo probar su teoría. Se vistió rápidamente y comenzó a bajar las escaleras. Aún no había llegado a la mitad cuando percibió que algo ocurría en el palacio. Algo muy importante. Escuchó a uno de los sirvientes susurrar: «Creo que se ha vuelto loco»; «su cabeza se ha vuelto tan grande como su barriga», respondió otro. Todos iban como locos de un lado a otro, hablando en voz alta, algunos gritando. La princesa irrumpió en el comedor y encontró a su padre en la mesa. Ella sabía que estaría allí porque era su lugar favorito en todo el reino. «¿Qué sucede, padre?», le preguntó con rostro preocupado. «Por favor, padre, dime qué ocurre».

El rey levantó la mirada de su plato, rebosante de comida, y dedicó una cálida sonrisa a su hija. «¡Querida!», exclamó. «Tengo un plan; un maravilloso e ingenioso plan». «Yo sé cuánto te gusta ir a la laguna Esmeralda y tú sabes lo que yo adoro tenerte aquí, conmigo. Así que he decidido trasladar la laguna al palacio». La princesa, atónita, cayó sobre una silla. Quizá su padre se había vuelto loco. ¿Cómo se podía llevar una laguna dentro de un palacio?



Pero el rey, más que loco, era un hombre poderoso y, con ayuda de sus sirvientes, de sus amigos y sus criados, los amigos de sus amigos y sus criados, etcétera, etcétera, el agua de la laguna fue llevada, cubo a cubo, y vertida en un gran hoyo que el rey había mandado cavar dentro de los muros del palacio. La princesa nada dijo en ese tiempo. No podía contradecir a su padre. ¡Él era el rey! Allí se sentó, día tras día, viendo cómo el estanque en el patio se iba llenando, poco a poco, con el agua de la laguna.

Una noche, a la hora de la cena, el rey anunció: «¡La laguna ha sido trasladada por fin dentro de los muros del palacio! Mañana, todos nos bañaremos en ella antes de la comida». El príncipe se estremeció en su silla. «Padre, no me gusta la laguna; su fondo fangoso, sus ruidosos patos y, especialmente, sus abejas», protestó. El rey rió con ganas y dijo: «Estarás seguro en esta laguna, hijo mío. Será diferente aquí, en palacio». Y exactamente así fue, diferente. Sí, claro, el agua de la laguna era la misma, pero no tenía su magia. Incluso la doncella percibió cómo los ojos de la princesa se habían vuelto más oscuros y apagados, como el agua de la nueva laguna.

La princesa visitaba la laguna a diario, sabiendo que eso hacía feliz a su padre. Chapoteaba y sonreía dócilmente, ante sus amorosos ojos. Pero el agua ya no acariciaba suavemente sus pies. Ahora, le parecía fría y áspera. Ya no había lodo que escarbar con los pies, que quedaban arañados por las rugosas piedras del fondo. No había patos con los que chapotear, ni renacuajos a los que perseguir, ni ciervos a los que admirar en silencio. El rey era consciente de la infelicidad de su hija y cada día intentaba algo para hacer aquel lugar más especial. Mandó cortar árboles del bosque para plantarlos a la orilla de la laguna. Mandó capturar la familia de patos con una red y liberó a las asustadas criaturas en la laguna artificial. Enseguida se dieron cuenta de que el lugar no tenía la misma magia, y nadaban silenciosamente, sin hacer ningún ruido y dejando atrás los alegres chapoteos de antaño.

El rey se exasperaba con la melancolía que iba creciendo entre los muros del palacio y decidió que la laguna se hiciera aún mayor, así que envió a sus criados a traer más agua. Estaba decidido a hacer cualquier cosa para recrear la magia de la laguna Esmeralda para su adorada hija. Los sirvientes transportaron, uno a uno, los pesados cubos de agua. El rey supervisaba todo por sí mismo. Observó atentamente al último de los sirvientes, que traspasó las puertas con manos temblorosas. Sus manos no temblaban por el cansancio que sentían, sino por el miedo. Él debía ser el que dijera al rey que no había más agua en la laguna.

«¿Cómo?», gritó el rey. «¡Imposible! ¿Dónde ha ido todo el agua?». Los sirvientes dirigieron sus ojos por encima de los hombros del rey, hacia donde, silenciosamente, estaba sentada la princesa, al borde del oscuro y gigantesco estanque. Había escuchado las noticias y escondido su rostro, sintiendo caer las lágrimas de sus grandes y oscuros ojos. Había pensado, ingenuamente, que la magia de la laguna impediría que se secara.

En ese momento, el consejero del rey entró corriendo en el patio y dijo: «¡Majestad, tenemos un grave problema en el reino! ¡No hay agua! El arroyo que fluye hasta el pueblo desde la laguna se ha secado. Las gentes no pueden lavar sus ropas ni asearse. Ni tienen comida porque los cultivos se han secado y además están muriendo de sed».

«¡Imposible!», gritó el rey. «¡Imposible!», grito nuevamente, aún con menos convicción. Al escuchar esto, la princesa se levantó y se dirigió a su padre. Le miró fijamente a sus desconcertados ojos y dijo: «Oh, padre ¿qué has hecho?». Se volvió hacia la puerta de la torre que el consejero del rey, en su prisa, había dejado abierta, y la atravesó corriendo. Corrió y corrió hasta llegar al borde donde antes brillaba la laguna; donde la magia se alzaba del agua esmeralda. Todo lo que encontró fue un agujero lleno de barro. Un fétido olor era lo que quedaba de la belleza que antaño florecía. Miró alrededor, buscando en el bosque un rostro amigo en el que encontrar consuelo. Quizá una ardilla, haciendo acrobacias



entre las ramas, una mariposa aleteando entre la hierba, o quizá un inmóvil lagarto, tomando el sol sobre una roca.

Para sorpresa de la princesa, no pudo ver a ninguno de esos animales. De hecho, no pudo ver ningún animal. Miró el suelo, bajo sus pies, y descubrió que la hierba que antes crecía verde ahora estaba seca y marrón. Las flores silvestres que una vez crecieron altas se habían convertido en pequeñas bolas marchitas. Y eso era exactamente lo que la princesa quería hacer en esos momentos. Lentamente, se dejó caer y se acurrucó en un ovillo mientras rompía a llorar. Entonces, escuchó pasos que se acercaban, haciendo crujir la hierba seca. Levantó la mirada, deseando encontrar los grandes ojos de un majestuoso ciervo pero, en su lugar, vio los afligidos ojos de su padre, el rey. El la rodeó con su brazo y vio la desgracia que se alzaba a su alrededor. La destrucción que había creado. Pensó en la suciedad, el hambre y la sed de su pueblo e inclinó la cabeza, arrepentido. Con voz queda, se preguntó: «¿Qué he hecho?». Se volvió hacia la princesa y preguntó: «¿Qué puedo hacer para hacerte feliz de nuevo?». La princesa miró a su padre y dijo: «Padre, tienes un alma amable y gentil. Eres poderoso y sabio. Pero eres avaricioso. Necesitas aprender a compartir.» El rey puso su otro brazo alrededor de su hija y dijo: «¡Pero, si yo comparto todo contigo, querida mía!».

La princesa movió lentamente su cabeza y dijo: «Yo sé que, dentro de esos muros, yo soy tu posesión más valiosa. Pero más allá de las murallas, es el agua nuestro más valioso tesoro; ¡un tesoro que debe ser compartido con todos!». La princesa apretó sus rodillas contra su pecho y comenzó a llorar amargamente, como nunca había llorado antes. Lloró y lloró, y el rey se sentó a su lado, y vio las lágrimas caer sobre sus rodillas, y rodar hasta sus pies. Cada lágrima cayó en un profundo abismo de barro, que una vez se conoció en el reino como la laguna Encantada.

Y entonces, ocurrió algo increíble. Fue como si el cielo, allá arriba, comenzara a llorar con la princesa. Al principio solo fueron unas gotas.

El rey las sintió caer sobre su cabeza. Entonces, cayeron más y más, hasta que la lluvia pareció una cascada de agua cayendo desde la cima de una montaña. El rey dijo: «Debemos volver ya al palacio». Alzó el rostro de la princesa, que miraba amargamente hacia el suelo. Miró a sus ojos, que ahora tenían el reflejo mágico que antes tenían las aguas de la laguna, y dijo: «No te preocupes. Tengo un plan. Un maravilloso e ingenioso plan». Suavemente, tomó la mano de la princesa y la condujo a palacio.

A la mañana siguiente, la princesa despertó muy tarde. Estaba exhausta después de todo ocurrido el día anterior. Miró a través de la ventana y vio brillar el sol. Se sintió feliz y esperanzada, aunque también algo nerviosa. Se preguntaba cuál sería el plan del rey. Bajó cautelosamente las escaleras de la gran entrada y, de repente, se dio cuenta de que algo grande estaba sucediendo. Los sirvientes corrían de un lado a otro haciendo planes. Algunos reían, otros cantaban. Incluso vio que algunos de ellos ¡bailaban! Entró en el comedor, ansiosa de escuchar el plan de su padre, pero no estaba allí. Corrió a buscar a su doncella y la apremió para que le contara qué pasaba. «Puedo hacer algo mejor que eso», le dijo. «Puedo enseñártelo». Entonces, el príncipe apareció en la puerta, cubierto de la cabeza a los pies por una red para mosquitos. La doncella cogió a ambos por el brazo y salieron rápidamente del palacio. La princesa no sabía decir si era porque acababa de despertar, pero le parecía que la doncella caminaba más rápido esa mañana que nunca antes, y tenía problemas para seguir su ritmo. La doncella se dirigió hacia la laguna y, con un gesto teatral, «Ta-chan», extendió sus brazos en dirección a la sorpresa que les esperaba.

La princesa no daba crédito, era la cosa más increíble que había visto nunca. El agua de color verde esmeralda había alcanzado el borde de la laguna mientras ella dormía la noche anterior. Vio la familia de patos nadando en fila, sacudiendo la cola de atrás hacia adelante mientras chapoteaban. Escuchó un coro de ranas croando alegremente, las mismas

que antes eran renacuajos agitándose en el agua. Sintió las alas de una mariposa acariciando su mejilla y escuchó el suave zumbido de los abejorros. ¡La magia de la laguna había regresado! Pero esa mañana había algo aún más especial en ese sitio tan especial para ella.

El rey había invitado a todo el pueblo a que fuera al bosque para celebrar una fiesta a la orilla de la laguna Esmeralda. Había filas y filas de mesas con los más elaborados surtidos de frutas y verduras, carnes y aves succulentas, pescados y, naturalmente, pasteles y dulces. ¡Había comida suficiente ese día como para alimentar a dos reinos!

Todos se volvieron hacia la princesa y, agradecidos, se inclinaron ante ella. Un grupo de niños corrió alborozadamente hacia ella. El más alto de ellos alzó a la más pequeña sobre sus hombros. La chiquilla colocó tiernamente sobre la cabeza de la princesa una corona hecha de largos tallos de verde hierba, salpicada de flores silvestres. Entonces, se inclinó hacia el oído de la princesa y susurró: «De ahora en adelante, serás conocida como la Princesa de la laguna Encantada».

Ranedo

Patricia Reguero Ríos

I

Me llamo Adriana. Mis amigas me llaman Adri. Tengo apellidos de agua: Arroyo del Río. Un día Gisbert, que se sienta en la última fila, me dijo: «Te vas a ahogar». Tiene gracia.

Me llamo Adriana, mis amigas me llaman Adri y, en verano, voy a Ranedo. Me gusta ir allí, que es donde está la casa de mis abuelos. Mis abuelos se llaman Fermín y Barcelina, pero yo los llamo abuelo y abuela. Al pueblo se llega por una carretera estrecha, recta y con dos cuestas.

Enfrente de la casa de mis abuelos hay una pequeña rampa llena de margaritas y luego un reguero. Desde la puerta se ve el molino. Me gusta sentarme en la puerta y mirar el molino.

Todos los años, mi padre, mi madre, mi hermano y yo pasamos el mes de agosto de Ranedo. También mi prima, mi primo, sus padres, y otra tía, y dos tíos más, y mis amigas del pueblo, que ya os diré cómo se llaman. Mi madre me obliga a hacer deberes de lunes a viernes, a pesar de estar de vacaciones. Se llama Emelia y es profesora. Mi padre se

llama Pepo y es profesor. Creo que por eso me obligan a hacer deberes, porque no pueden olvidarse del trabajo.

Así que después de desayunar hago deberes y así tengo el resto del día para estar por ahí. Acabo de cumplir diez años y tengo una bici nueva. Duermo en una habitación con un techo de madera. Por la noche hay mucho silencio, hasta que empiezan a cantar las ranas del reguero.

Croac, croac, croac, croac. Llevo una semana en Ranedo.

II

Mi prima y yo nos hemos levantado hoy bastante temprano, casi tanto como mi abuelo, que se levanta a las siete. Hemos desayunado por nuestra cuenta y luego hemos ido a jugar a la panera. La panera es la parte de la casa que queda debajo del tejado y en la que se guardan muchas cosas. Hay libros con bocados de ratón. Hay ropa en un baúl y más ropa en un arcón. Hay lámparas llenas de polvo, colchones apilados, una mesita de noche, una mesa redonda, una máquina de coser, un montón de maletas.

A las once, estamos listas para irnos con la bici. Nos vienen a buscar nuestras amigas. Se llaman Jana, Paola y Vanessa. Mi prima se llama Ximena. Tenemos una mochila de rayas en la que hemos metido dos toallas, dos bocadillos y una botella vacía. Nos vamos al río.

El camino está lleno de piedras, pero mi bici nueva es de montaña. El río no está lejos. Cuando llegamos, buscamos una sombra, extendemos las toallas y nos metemos al agua. Yo sé nadar. La botella que traemos en la mochila está vacía porque cerca del río hay una fuente. Es una fuente especial: el agua sale de la tierra. Tiene un fondo de arena blanca de la que se pueden ver burbujas de aire, como en chorritos, que levantan una pequeña polvareda acuática. El agua está muy fría, incluso en este día de calor.

Llenamos las botellas. Glup, glup, glup, glup.





III

Me gusta el río, pero hay una cosa que me gusta mucho más: la laguna. Por cierto, el río se llama Deraduey. La laguna se llama Negrasnoches.

Me gusta la laguna. A Ximena, Jana, Paola y Vanessa también les gusta. Pero ir a la laguna es un poco más complicado que ir al río. No podemos solas ir por las siguientes razones: 1) Está muy lejos para ir en bici, o eso dicen nuestros padres. 2) Podríamos perdernos. 3) Hay animales por el camino, por ejemplo, perros que cuidan los corrales y, podrían mordernos. 4) No nos dejan.

Así que nos gusta la laguna, pero para ir tenemos que convencer a alguien. Lo bueno es que siempre encontramos a alguien: se llama Ernesto y es mi tío.

Mi tío Ernesto va en silla de ruedas. Tiene un coche bastante grande en el que cabemos todas. Ximena y yo le hemos convencido para que nos lleve a la laguna. Mi madre y mi tía, la madre de Ximena, dicen que no podemos ir solas con él, porque alguien tiene que sacar la silla de ruedas del coche. Pero mi tío al final las ha convencido de que sí podemos. Y es verdad. Al fin y al cabo, ya tenemos diez años.

Así que un día Ernesto nos va a llevar la laguna. Pero hoy hemos estado en el río y nos tenemos que duchar. Ximena me enchufa con la manguera en el patio.

Fssss, fssss, fssss, fssss. El lodo va desapareciendo de mi bañador.

IV

Para llegar a la laguna Negrasnoches no hay carretera. Hay caminos llenos de piedras. Hay robles, urces y charcos. Mi tío Ernesto conduce. Yo voy en el asiento de delante. Ximena, Jana, Paola y Vanessa van de-

trás. En el maletero llevamos la silla de mi tío y una bolsa con comida: croquetas, tortilla de patatas, jamón, queso.

Aunque no está lejos, hay que conducir despacio y tardamos un rato en llegar.

La laguna Negrasnoches es diferente cada año. Dice mi tío que depende de la cantidad de lluvia que haya caído. Así que no sabemos si vamos a encontrar un pequeño charco o una enorme superficie de agua.

La verdad, a mí no me importa si la laguna será esta vez grande o pequeña. Sea como sea, sé que habrá ranas de San Antonio.

Cuando llegamos, el coche está lleno de polvo y Ernesto dice que tendremos que lavarlo al día siguiente. Bajamos del coche y, entre las cinco, conseguimos sacar la silla de ruedas del maletero. Se la dejamos a Ernesto junto a su asiento para poder salir corriendo a coger ranas.

Las ranas de San Antonio son de color verde brillante y en algunas zonas parecen tener un poco de amarillo. Tienen los ojos negros y tres dedos en cada pata. Son muy, muy, muy pequeñas, y también muy torpes. La orilla de la laguna está llena de ellas, y fácilmente podemos cogerlas, hacerlas posarse en la palma nuestra mano y sentir sus patas pegajosas hasta que, de un salto, desaparecen entre la hierba.

Las ranas de San Antonio no hacen croac, croac, croac, croac.

v

A finales de agosto hay fiestas en Ranedo. Yo sé que empiezan las fiestas porque un escenario ocupa toda la plaza y porque hay campeonato de frontón. Esos días, en lugar de ir al río, a la laguna o al soto, Ximena, Jana, Paola, Vanessa y yo preferimos estar en la plaza.

También hay una cosa que solo hacemos esos días: una guerra de agua. Ximena prefiere la pistola de agua. Yo, los globos. También te-

nemos cubos. El último día de fiesta, mis amigas y yo nos ponemos el bañador. La gente más mayor se persigue por el pueblo para acabar tirando al reguero a quien pillen por ahí.

Nosotras hacemos nuestra guerra. Flis, flis, flis, flis.

VI

Sé que se acaba el verano porque estoy llegando al final de mi cuadernillo de deberes. La verdad, no sé por qué me obligan a estudiar en verano. Le he pedido a mi madre que me deje no hacer hoy los deberes del cuadernillo. A cambio, dice, tengo que ir a por agua al caño.

El caño es una fuente que está cerca de casa. Está hecha de ladrillos y tiene un tubo metálico. El agua sale a borbotones y nunca se acaba. La verdad, esto es algo que no entiendo. Dice mi tío Ernesto que el agua está debajo del suelo. Que en la tierra hay depósitos de agua, y que se recargan siempre que llueve, porque la lluvia que cae a la tierra puede atravesarla y queda acumulada debajo.

Eso es lo que pienso mientras se llena el botijo. Mi prima Ximena sabe beber agua del botijo. Lo levanta, abre bien la boca y traga muy rápido. Yo no sé. Se sabe que el botijo está lleno porque de la boca más estrecha, la parte por la que se bebe, sale un chorrito. Fiiiii, fiiiii, fiiiii, fiiiii.

VII

Me llamo Adriana. Mis amigas me llaman Adri. Mis amigas de Ranedo se llaman Ximena, Jana, Paola y Vanessa. Ximena, además de mi amiga, es mi prima y vive en Palencia. Las demás viven en Valladolid, Vigo y León. Yo vivo en Madrid.





El maletero del coche está lleno. Mi bici está de pie en la baca. Mi hermano anda por ahí y le estamos esperando para marcharnos. Mi prima está dentro de otro coche: ella y su hermano —mi primo—, y sus padres —mis tíos—, me dicen adiós. Adiós Ximena, adiós Rigo, adiós tía Angustias, adiós tío Afrodito.

Mis otros tíos me dicen también adiós, desde un coche en el que van con mis abuelos. Adiós Ernesto, adiós Nici, adiós abuelo, adiós abuela.

Mi hermano Hernando acaba de llegar y se sube en el coche. Mi padre Pepo le regaña. Mi madre Emelia arranca.

Yo miro el reguero de las ranas croac, croac, croac, croac, mientras el coche se pone en marcha, me despido de la fuente glup, glup, glup, glup, pienso en el lodo escurriendo bajo el chorro de la manguera fssss, fssss, fssss, me acuerdo de nuestra guerra de agua flis, flis, flis, flis.

—¡¡¡Mamamamamá!!! ¡Para!

Y mi madre frena, y bajo, y bebo agua del caño fiii. Fiii, fiii, fiii, antes de despedirme de Ranedo hasta el año que viene.

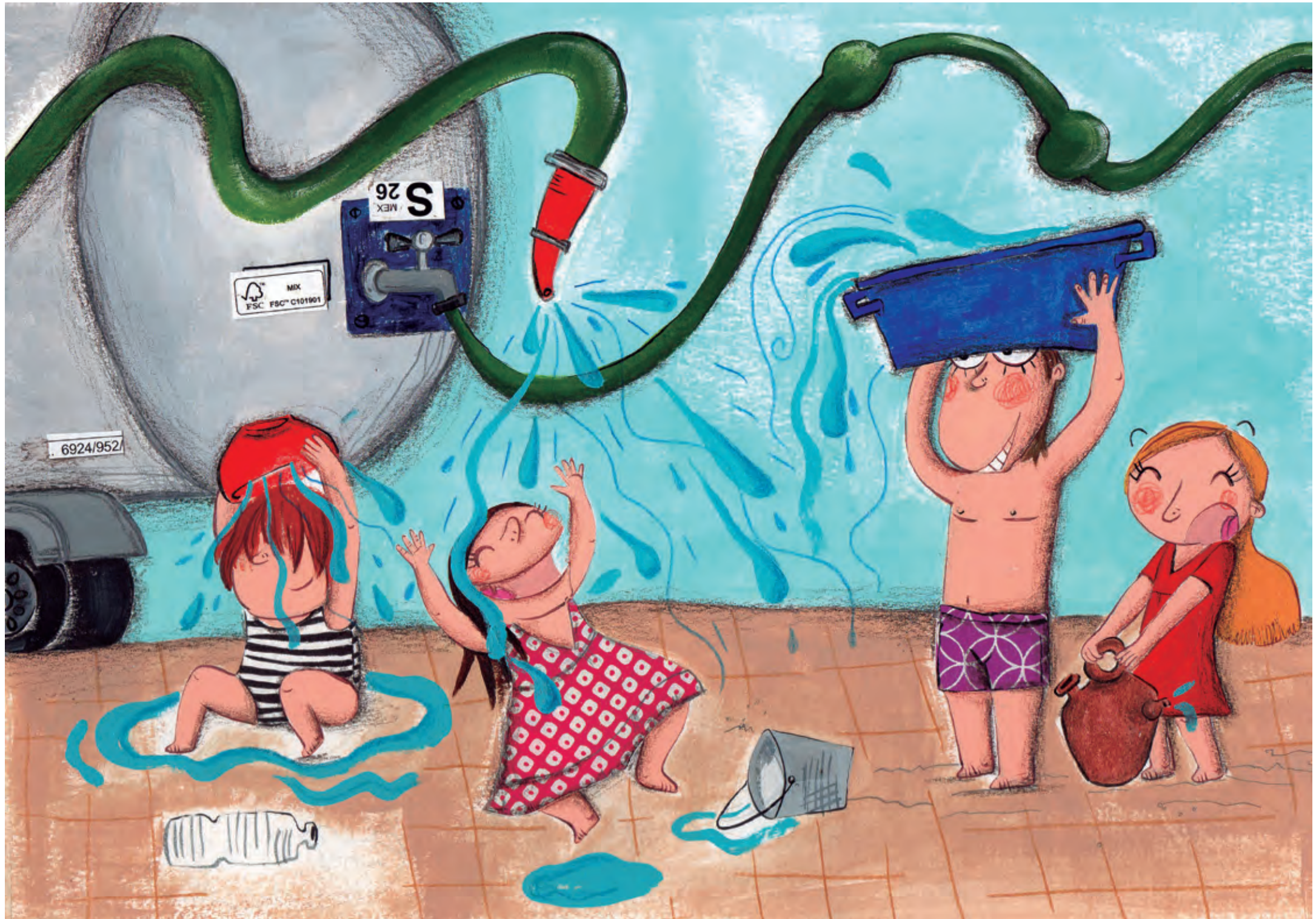


El manantial de Kanira

Mar Sancho

Kanira era pequeña aunque ella, desde que tenía tres años y nació su hermana Kamali, creía que era ya mayor. Vivía en un pueblo al que nadie había puesto nombre, con solo dos hileras de casas a sendos lados de la carretera que llevaba hasta Jaipur. El pueblo de Kanira no tenía agua corriente y en las casas no había grifos ni duchas. Por eso, Kanira solo se bañaba una vez a la semana y su bañera era tan pequeña que tenía que sentarse en su interior blanco y fresquito con las rodillas muy dobladas, casi tocándole los hombros. Entonces su mamá le vertía un poco de agua sobre el pelo que resbalaba después como una cascada por todo su cuerpo, haciéndole cosquillas. Le encantaba jugar con el jabón, que se había ido desgastando hasta tomar forma de pez, y nadaba ágil por los brazos y por la espalda de Kanira llenándolos de espuma. Cuando ya estaba bien enjabonada, su madre derramaba un cuenco de agua sobre ella y quedaba tan limpia y con la piel tan brillante que parecía una niña distinta. También una vez a la semana llegaba al pueblo

[<< Índice](#)



de Kanira el camión cisterna. Era un momento alegre, todos salían de sus casas cargando botellas, cubos, vasijas, barreños y otros recipientes para rellenar con el agua que el camión, por una manguera verde, dejaba salir generosamente. Los niños llevaban también los cuencos donde recoger el agua para bañarse, y correteaban en torno al camión cisterna como si fueran ruidosos pájaros de colores hasta que les llegaba su turno. A veces, cuando el hombre del camión cisterna se distraía conversando sobre cosas sin importancia con los hombres del lugar, los niños aprovechaban para colocarse bajo la manguera, beber con la boca muy abierta y mojarse el cabello y hasta la ropa, y seguir corriendo como si nada hubiese sucedido. A Kanira le gustaba aquel día del agua, y todos los demás días de la semana, los días secos, le parecían tan tristes como las noches sin luna. El pueblo de Kanira no tenía colegio y, cuando le llegó al fin el momento de aprender, tenía que caminar cada día hasta el pueblo más cercano para asistir a clase. Solía recorrer junto a los otros niños aquel camino que también frecuentaban los elefantes y los camellos de carga, pero una tarde, a la mitad del trayecto de vuelta, decidió detenerse junto a una piedra grande de color amarillo y regresar sola más tarde. Se adentró sin pensarlo apenas entre la vegetación, buscó un palo y, en un claro entre los arbustos, trató de escribir sobre la tierra reseca su nombre como la maestra le había enseñado. Lo escribió una y otra vez, y había conseguido hacerlo con gran esmero, cuando se quedó sorprendida al ver que la letra K se oscurecía y que, sobre el surco, asomaba un leve hilo de agua. Escarbó con el palo primero y con las manos después con la curiosidad por descubrir de dónde había salido aquella agua prodigiosa. Pronto se formó un charco pequeño que fue creciendo alegremente hasta que Kanira pudo sumergir en él los pies. Chapoteó después sobre el agua como si fuese un tambor y las gotas limpias saltaron al aire en una danza mágica y brillante. Cuando se hubo empapado por completo, emprendió el camino de regreso a casa alborozada por





el hallazgo. Había encontrado un manantial, lo había encontrado ella, y los niños del pueblo podrían remojarse a su antojo siempre que quisieran y los mayores podrían colocar un caño que condujera parte de aquel agua hasta una fuente que lo hiciera brotar justo a la puerta de la casa de Kanira. Su vida ya no volvería a ser reseca ni abrasadora. Kanira corrió y corrió llevando en su boca la noticia, la proclamó a gritos al pasar junto a cada casa pero nadie salió para escucharla. Todos estaban reunidos al final del pueblo, escuchando con gran atención a un funcionario del gobierno que, ataviado con un traje marrón claro que se confundía con el color de la tierra, anunciaba la próxima instalación de agua corriente en el lugar. Kanira buscó a su hermana Kamali y a los demás niños y les susurró, como si de un secreto se tratase, que había descubierto un manantial que sería solo para ellos. Niños y mayores aplaudieron entonces, felices por las novedades, y ese día y los días venideros fueron distintos en aquel pueblo al que nadie había puesto nombre y, hasta ahora, nadie se lo ha puesto aún.

EDITA
Fundación Canal

COORDINACIÓN
Fundación Canal
This Side Up

ILUSTRACIONES
Teresa Herrero

DISEÑO
Bruno Lara

IMPRESIÓN
Crutomen

© de la edición: Fundación Canal, 2012
© de los textos: sus autores
© de las imágenes: Teresa Herrero

D.L.: M-37375-2012
ISBN: 978-84-938691-5-1

Fundación Canal
Mateo Inurria, 2
28036 Madrid
Tel: +34 91 545 15 06

www.fundacioncanal.com